

LA CIVILIZACION DE LA MIRADA

FELIPE MELLIZO

EL pasado día 18 de febrero se inauguró en el Instituto Alemán de Madrid una exposición de "pictogramas". Se prolongará hasta el 17 de marzo y en su ámbito se pronunciarán algunas conferencias sobre el tema. Es una muestra que debe verse. En la circular que el Instituto distribuyó anunciando la exposición, se definen los pictogramas como "señales que transmiten ideas gráficamente simplificadas, condensadas y unificadas en un sistema de signos y que, en lo esencial, se han desarrollado a partir de principios del siglo XX". Y aún se añade que fue el tráfico rodado lo que impulsó en nuestro tiempo la "pictografía" al forzar el desarrollo de la señalización simbólica. Pero la cosa no puede quedar así.

Digamos, como información previa, que la exposición se centra en los signos de la Olimpiada de Munich de 1972, diseñados

por Ott Aicher (fig. 1), que distan de ser los mejores de su género, aunque los alemanes tiendan a la autoglorificación. Eran buenos, pero no tan brillantes como los mexicanos de 1968 (fig. 2) o los japoneses de 1964 (fig. 3), diseñados estos últimos por Masaru Katsumie, que además de un extraordinario dibujante es una especie de filósofo de las artes gráficas. No se trataba de una empresa baladí, porque, prescindiendo de su contenido estrictamente deportivo, los Juegos Olímpicos, como ahora mismo estamos viendo, son también —y a lo mejor sobre todo— un complejo fenómeno político, económico y psicológico. Se trataba de idear un lenguaje antibabélico, un intento que supera, con creces, el ámbito de los grafismos para ocupar una parcela grave de la lingüística, y que sólo funcionalmente tiene que ver con las que hemos dado en llamar "artes plásticas". Por otra parte, esos

sistemas de signos tienen características —facilidad para su reproducción, posibilidad de ser comprensibles cualquiera que sea su tamaño, etcétera— que pertenecen al plano oculto de la tipografía. Hay un centro, poco conocido, que se dedica a estos estudios, el ISOTOPOS (International System Of Typographic Picture Education), de la Escuela de Viena que fundara el imaginativo Otto Neurath. (Esto me recuerda, por cierto, un episodio que yo viví de cerca, hace tiempo, en Londres, cuando el diseñador Walter Tracy ideó, en 1972, el tipo llamado "Times-Europa", para que sustituyese en "The Times" al famoso "Roman", más frágil y elegante (fig. 4). Eso provocó una polémica nacional que, desgraciadamente, es inconcebible en nuestro país, mucho menos preocupado por los aspectos formales de la cultura.)

El Instituto Alemán, quería decir, se excede al afirmar tan



Figura 1.



Figura 2.

Figura 3.

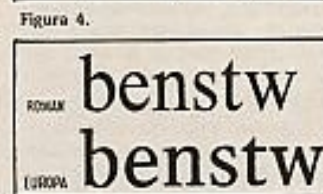
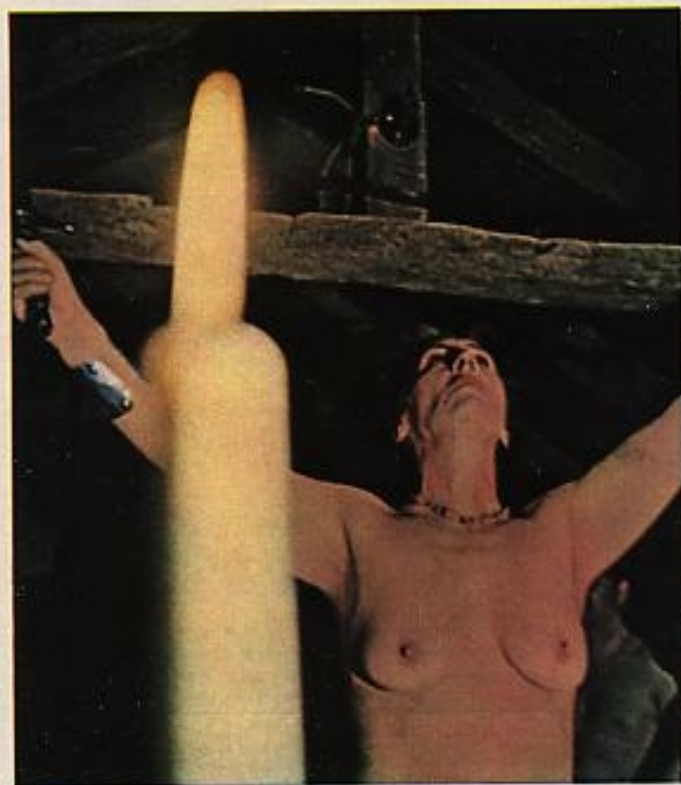


Figura 4.



"La clave" de las brujas

ME consta que José Luis Balbín hace siempre lo que puede, con su gente, para que el programa "La clave" presente opiniones variadas y equilibradas en los debates. A veces le sale mal y, si el tema en cuestión tiene contenido político, se suele armar un escándalo. La clave dedicada a las brujas, afortunadamente, fue un programa de "relax", con un tema de moda de los que hacen trillar a la gente, una buena película y ningún toro bravo que torear. El programa fue malo, qué le vamos a hacer, y las únicas cosas un poco coherentes de cuantas se dijeron salieron de los labios del periodista Meneses y el parapsicólogo Perera. Es, empero, evidente, que la bruja ingle-

sa invitada era una señora, si bien ajamónada, capaz de ser un acontecimiento en la vida de un hombre sencillo como yo.

Meneses, precisamente, dijo algo importante: eso que, a partir de la Edad Media, dimos en llamar "brujería" los cristianos, era una mezcla de religión y ciencia. Su verdadero nombre era "paganismo", que suena mal, ya lo sé, pero que fue en verdad una hermosa y desesperada aventura de nuestros lejanos hermanos.

Antes del cristianismo, como después, las gentes se afanaban por entender el mundo natural, dominarlo y usarlo en su provecho. Recurrieron a dos fórmulas para conseguirlo: la simpatía entre todos los seres y cosas

Esta dama es la señora Eleanor Bone, una conocida bruja londinense, que, además, administra una residencia de ancianos. En la foto, tomada durante un "esbat" —aquelarre sabático, de menor entidad que el "sabbat" trimestral—, Mrs. Bone oficia convocando a los reyes del fuego, del aire, de la tierra y del agua.



LA CLAVE DE LAS BRUJAS

del universo y la analogía. Ninguna de las dos fórmulas era una imbecilidad. Apelaban a dioses invisibles para que lloviese, pero también hacíamos nosotros eso, con otras técnicas, tratando de que llueva sobre Valladolid. Trataban de estimular la fertilidad de los barbechos copulando sobre los surcos, porque entendían que en la fascinante aventura de la reproducción, humana, subhumana o vegetal, había un formidable elemento común, y lo hay: las leyes de la generación. Sabían que algunos de nuestros achaques, si no todos, tienen su raíz en el espíritu y trataban de curar con la palabra, posiblemente con más éxito que algunos de nuestros psiquiatras. De la misma manera que nuestros cultivados incrédulos se arrodillan hoy ante el tío que es capaz de ir a la Luna en un cohete o prolongar esta agonía con Geovital, aquellos seres humanos se arrodillaban ante el vecino capaz de utilizar la noria, abrir una acequia, ponerle collera a las bestias o cantar una herida con un cuchillo al rojo. El que sabía más era el brujo. Hoy lo es también. Celebraban fiestas cada sábado, en los cruces de los caminos, para que pudieran llegar los vecinos de muchas aldeas. El aquelarre era un mercado. Se cambiaban semillas y ganado. Nuestro gran aquelarre es hoy la Comunidad Económica Europea, pero no se puede decir que el tráfico sea distinto. El mercado culminaba con una fiesta y, en ella, los campesinos se embriagaban y se drogaban un poco. Holgaban, luego. Pero esos sábados son los nuestros y no deja de tener gracia que se reían mucho de los brujos los asiduos de "parties" sabbáticos que repiten la ceremonia pagana hasta en sus menores detalles. La Alta Edad Media fue muy mala época, hay que reconocerlo. Pero los paganos habían vivido tiempos mejores que a todo el mundo parecen haberse olvidado: había "brujos", "magos" y "pitonisas" en Roma y Grecia, en Babilonia y Egipto. Entre otras cosas, además de leer el destino en las vísceras de los bueyes, levantaban acueductos, construían ciudades, su-

maban, restaban, multiplicaban, dividían, redactaban leyes, navegaban y predecían eclipses, teniendo siempre mucho cuidado de pagarle un gallo a Esculapio o cantarle a Diana una copla. Eran, precisamente, los brujos, los que tendían puentes. La "vieja religión" no fue un invento de malas bestias: fue un invento humano, noble.

A la Edad Media oscura de los europeos sólo llegó una sombra mezclada con otras tradiciones, el hermetismo, el gnosticismo, que apelaban a cosas más vagas, húmedas y equívocas. Pero esas tradiciones llegaron también al cristianismo y ningún teólogo moderno lo ignora. Extendiéndose por aquella lúgubre Europa, el cristianismo llevó a su lado el núcleo original de la futura burguesía. Nacieron las ciudades, las consumeras, la Policía rural. Los paganos fueron arrinconados en sus aldeas y malditos. La "vieja religión" se hizo clandestina y, como siempre pasa, perdió pureza en el encierro. Siempre hubo en cada aldea un hombre o una mujer más fuerte de espíritu que los demás, o más ambiciosos. Esos mantuvieron la resistencia y tal vez obligasen a los aldeanos a seguir el son, bailando con el culo al aire en torno al macho cabrío. No fueron ellos, sino nosotros, los "modernos", los que inventamos las misas negras, los cuernos de Belcebú y las hogueras bestiales.

De aquellas casas poco quedó. Ya en nuestro siglo, los ingleses —el aduanero Gardner, el cervicero Crowley y otros, tras el fantasma fantasmón de Eliphaz Levi— recogieron, junto a los viejos saberes ciertos, los trucos de la corrupción. Y así andamos. Me tienen harto estas basuras metafísicas de semanario escandaloso. Yo he vivido mucho tiempo en Londres, y sé muy bien lo que hacen, para vivir, estas brujas tan guapas. De cada cien, noventa son camelistas inocuas. Pero es posible que las otras diez sean peligrosas. Alguien, creo, debiera haber dicho esto en "La clave" para no entontecer todavía más, lo que ya es mucho decir, al carro. ■

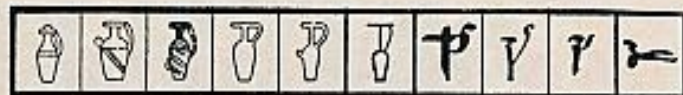


Figura 5. Del jeroglífico al hierático y al demótico.

LA CIVILIZACION DE LA MIRADA

rotundamente que los pictogramas son cosa de nuestro siglo. La verdad es que así nació la escritura. Las palabras "pictografía" e "ideografía" son confusas y durante mucho tiempo han servido de caballo de batalla a los lingüistas y epistemólogos de la técnica de escribir. A mí me parece que no tenemos en castellano los términos adecuados y que habría que recurrir a, precisamente, los propios alemanes para encontrar mejor acomodo. Arthur Unghad

ra eran dibujantes y pintores. Diseñaban estilizadamente las "cosas" mismas. En las cuatro grandes escrituras jeroglíficas de la antigüedad —sumerio, egipcio, hitita y chino— las palabras se "pintaban" como los signos de las Olimpiadas, en los que un guante significa boxeo, sin más historias. Así escribían también los indígenas americanos, capaces de dibujar historias con argumento, "comics" sin "fumetti" en los que se relataba cómo Cabeza Pequeña salió un día de caza y se encontró con dos mujeres que vivían en una tienda junto al río sin más compañía que un perro, etcétera, etcétera. Al paso del tiempo, el dibujo inicial, Bilderschrift, expresionista, se fue haciendo impresionista, Bilderschrift, pero sin dejar de ser un "retrato" de la cosa. El ánfora (fig. 5) se convirtió en un hermoso rasgo. Nuestra escritura, en cambio, supone una capacidad técnica e intelectual mucho más compleja: las letras del alfabeto son, nada menos, "retratos" de sonidos. Nuestro lenguaje, incluso escrito, es acústico. Los Bilderschrift y los Bilderschrift son lenguajes plásticos.

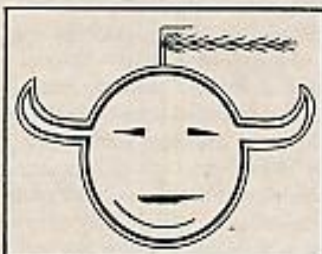


Figura 6.

llamaba Bilderschrift a los grafismos inteligibles e intencionados que representan exactamente la "cosa" que pretenden describir. Bilderschrift, en cambio, son los grafismos que simbolizan la "cosa". Los primeros, parece, serían "pictogramas", y los últimos estarían bien ejemplarizados en los jeroglíficos egipcios, aunque de este asunto tendría que hablar un experto y, probablemente, durante unas horas. Tal vez sea lo mejor remitirles a ustedes a un libro fácil: la Historia de la Escritura, de Ignace J. Gelb (Alianza Editorial, Madrid, 1976).

Los precursores de la escritura

La verdad es que el paso de la escritura moderna a los "pictogramas", si éstos se entienden como un nuevo lenguaje, es un paso hacia atrás. A la gente le ha costado unos cuantos siglos llegar a elaborar el preciso y fascinante instrumento de la escritura, en cuya base hay una poderosa capacidad de abstracción y de simbolización mental.



Figura 7.